

su blanca barba crecida
como de hombre estimado.

La buena espada tizona
puesta la tiene á su lado;
no parece que está muerto
sino vivo y muy honrado.» (1)

PAUL DE SAINT-VICTOR.

PAISAGE

En la margen sentado
contemplo la feliz naturaleza
mientras el manso arroyo
sus tersas ondas á mis pies destrenza.

Mariposas y pájaros
en torno mio y á bandadas vuelan,
y la brisa me trae
un raudal de perfumes que me besan.

Las ramas de los árboles
me rozan columpiándose ligeras,
y cánticos lejanos
me arrullan vagamente y me enajenan.

En tanto mis miradas
se pierdan á lo lejos de luz llenas
y en el vasto horizonte
del Ideal la silueta encuentran.

J. M. F.

FANTASIA

La tradición ha llevado hasta nosotros la historia de animales que hablaban, desde la serpiente del Paraíso hasta la burra de Balaam.

Si los primeros fabulistas atribuyeron á los animales, el don de la palabra, es evidente que debió de haber un tiempo en que los animales hablaron.

Hé aquí, pues, por qué estando yo un día echado en una esplanada abierta en medio de un bosque, ví llegar hácia aquel sitio animales de toda especie, como si trataran de reunirse en concilio.

El elefante, presidente por su mayor edad, resumió brevemente la cuestión que obligaba á reunirse á los irracionales.

—Animales, hermanos míos, — dijo — habeis sido convocados para resolver la gran cuestión de la inmortalidad del alma. El más cruel, el más sanguinario de los séres, el hombre, pretende que

todo muere con nosotros, mientras que él se reserva el privilegio de sobrevivirse.

Dice que el alma humana es inmaterial por naturaleza é inmortal por sus destinos.

Convenido: quiero creerlo, pues de otro modo sería verdaderamente injusto que este déspota de la creación no hallase en otra vida el castigo de sus excesos y de sus crímenes.

Uno de los escritores más pretenciosos de la especie humana, un hombre llamado Fenelón ha dejado escrito lo siguiente: «Lo que guía á las bestias es el instinto; pero este instinto es una capacidad que no reside en la bestia misma, sino que procede de la sabiduría superior que lo conduce.»

Así veis, pues, que el hombre, al negarnos el alma nos concede la superioridad de ser constantemente guiados por una *sabiduría superior*.

Haré observar de paso que los hombres queriendo agregar un epíteto glorioso al nombre de Fenelón, le llamaron el *Cisne*. Casi siempre dan ellos nombres de animales á las personas que se distinguen: Bossuet, águila de Meaux; Ricardo, corazón de leon, etc., etc. De una joven inocente y pura dicen: «Es una paloma». Un hombre pacífico, «es un cordero»; hay otros que son «hormiguitas para su casa». En una palabra, siempre viene á tomar entre nosotros los buenos ejemplos....

Mas para no alejarnos demasiado del objeto de nuestra reunión, concedo la palabra á todos los que crean en la inmortalidad de su alma y quieran dar explicaciones sobre este punto.

La abeja.—Nosotras formamos por cuenta propia una sociedad completa. La abeja obrera representa el pueblo, la fuerza viva de la nación. La reina no sirve mas que para la incubación; se la alimenta convenientemente; cumple su destino á las mil maravillas, nunca contrae empréstitos y jamás muere estrangulada.

Desde la salida del sol hasta su ocaso todo es actividad alrededor de la colmena. Centenares de obreras llegan cargadas con su botín, y otras tantas parten con igual objeto. Las que están de centinela exploran los bagajes de las recién llegadas, y mas lejos hay otras que cuidan de separar todo lo que pudiera ser obstáculo á la circulación.

Nosotras sabemos construir, edificar, y distribuir convenientemente las habitaciones. Tenemos el don de la economía y de la previsión, y puesto que es preciso decirlo todo, tenemos también lances de honor y guerras civiles. Superiores, sin embargo, á la raza humana, cuando en una de nuestras ciudades hay sobra de población, sabemos contarnos, y un nuevo enjambre sale para fundar en distinto punto otra colonia próspera y floreciente....

(1) «Romancero general.»—Romance 905.—Anónimo.

La hormiga.—En nuestras maravillosas repúblicas cada una de nosotras tiene atribuciones determinadas que cumple, no por la fuerza, sino por el sentimiento del deber. La autoridad, confiada á todas las ciudadanas, se ejerce en provecho de todos.

¿Qué valen los palacios de los hombres al lado de nuestras viviendas, si se considera la exigüidad de nuestros recursos? Galerías y habitaciones ordenadas por pisos; un laberinto minado por todas partes; corredores, encrucijadas, una sala central sostenida por esbeltas pilastras..... Todo esto se ve en nuestras moradas.

El hombre ha necesitado seis mil años para inventar al arte de construcción. ¿No es esto risible?

Posemos nodrizas encargadas del cuidado de nuestros pequeñuelos; y cuando algún peligro amenaza al hormiguero sabemos abandonarlo cuidando de llevarnos los huevos, las larvas, las linfas, y también nuestros enfermos y nuestros ancianos, que perecerían si los abandonásemos.

El loro.—Yo soy licenciado en derecho, y si no defiendiendo pleitos es porque entre nosotros la justicia se cumple por sí sola, sin mas necesidad que ser iluminada por la luz del sol.

El ruiñeñor.—Yo he oido decir que los hombres cometen la torpeza de pagar hasta 200.000 francos por año á las personas de quienes se dice que cantan como yo.

La urraca.—Si se quiere quien lleve y traiga, aquí estoy yo.

El cuervo.—Los ministros del culto acompañan los cuerpos humanos hasta su última morada. Nosotros formamos una clerecía voladora en busca de la muerte. Saneamos las campiñas y somos á la vez fosa, enterrador y chantre.

La golondrina.—Los hombres citan á menudo á Cristóbal Colón, al capitán Cook, á Livingstone y á otras gentes que han ido á la Australia, al Africa y á América.

Pero nadie ha viajado como yo, ni ha visto las cosas desde tanta altura.

El mono.—El hombre nos llama monos, y nosotros le llamamos hombre. Esta es la única diferencia que hay entre las dos especies.

Dios nos ha hecho semejantes. Existen hombres mas feos que algunos monos, y monos mas feos que ciertos hombres; ¿qué hay de extraño en todo esto?

El hombre es un cuadrumano, sin pelo en la mayor parte del cuerpo, enfermedad que tiene que suplir con vestidos, á los cuales ha dado diversas formas sumamente ridículas.

Carece de nuestra agilidad y de nuestra destreza. Lo que nosotros hacemos sin el auxilio de instrumento alguno, él no llega á realizarlo, sino á

fuerza de herramientas y de mecanismo. Amamos la vida de los bosques, el aire puro y la libertad. En cambio, los hombres se amontonan en ciudades de aire infecto y de espacio limitado.

El hombre ha combinado los sonidos de ciertas maneras que constituyen un lenguaje. Y este lenguaje es distinto en los países mas inmediatos. Nosotros tenemos la unidad de expresión, y los monos de todos los países pueden comprenderse. Estoy cierto que este mutismo nos ha salvado. Si nosotros hubiéramos articulado palabras, habríamos sido esclavos como los negros. Únicamente la cualidad de *bestias*, que hemos aceptado, nos ha librado del despotismo humano.

Creo inútil insistir. Si el hombre tiene alma, el mono la tiene también.

El castor.—No se puede decir que seamos enemigos de la sociedad. Nos reunimos dos ó tres cientos para fundar un pueblo. Escogemos el sitio y empezamos las operaciones.

Si es á la orilla de un río, establecemos un dique para ponernos á cubierto de las inundaciones.

Para esto necesitamos serrar un árbol y colocar el tronco al través de la corriente, de modo que descansa sólidamente en las dos orillas. Hecho esto, los trabajadores hunden estacas en el lecho del río, las cuales, próximas unas de otras, y apoyadas en el árbol, son luego ligadas entre sí, formándose un dique con numerosos intersticios.

Acabada la tarea de los carpinteros, empiezan los albañiles. Amasan la tierra con los pies, la baten con el rabo, y después trasportan la argamasa que sirve para cubrir los agujeros del dique.

Nuestras casitas están construidas sobre estacas, y se componen de dos ó tres pisos; la pieza baja sirve de almacén. Cada tiene familia su compartimiento particular. Una concordia y una armonía perfectas reinan en la colonia.

El robo, el adulterio, el asesinato son desconocidos entre nosotros.

Si los castores no tienen alma, tampoco deben tenerla los holandeses.

La ballena.—Damos la vuelta al mundo en cuarenta y siete días, mientras el hombre mismo confiesa que para igual viaje necesita ochenta días por lo menos.

En nuestra especie las uniones bisexuales se verifican con exquisito discernimiento. El macho debe hacer la corte á la hembra; y cuando esta se siente con el corazón herido, la pareja enamorada parte muy lejos á disfrutar de su felicidad fuera de las miradas indiscretas.

La ballena madre daría lecciones de amor materno á las mejores madres de la especie humana. Ella recibe casi siempre el golpe mortal para salvar á su hijo, cobardemente atacado por los hom-

bres que no ven mas que aceite donde tanto corazón existe.

El Leon.—El hombre se titula algunas veces rey de los animales, pero en otros momentos de franqueza concede al leon este dictado.

Si el hombre fuese el rey de los animales, se daría el contrasentido de que el rey tendria miedo de su súbdito, pues apenas me vé echa á correr desafortadamente: y si yo me divierto lanzando un solo rugido, se apodera de todos sus miembros un temblor extraordinario.

Para mí el hombre solo es un mono mas pretenioso que los otros, y que únicamente valiéndose de la astucia y de la traición llega á obtener cierto dominio sobre animales que valen mas que él.

El elefante.—Aunque opino que la cuestión queda bastante aclarada... ¿hay algún otro individuo que quiera agregar algunas palabras?

El águila.—Yo solamente diré que el hombre habla siempre del cielo, y no lo vé mas que de lejos. ¡Yo todos los dias me remonto hasta él!

El gusano de seda.—Yo fabrico la seda, que es la mayor riqueza para las mujeres.

La ostra perlera.—¡Permítame usted! Lo que mas prefiere la mujer son las perlas que yo produzco.

El elefante.—Esto son ya cuestiones de detalle; pero el hecho es, señores, que el hombre no podría vivir sin los demás animales, mientras que estos lo pasarían perfectamente sin el hombre.

Puesto que estamos formados de la misma materia, no veo razón de que nuestro espíritu no nos sobreviva de igual manera que su alma sobreviva á su cuerpo.

¡Tengamos confianza en el Creador, amigos míos! Dejémosle el cuidado de vengarnos; y como el hombre es insuficiente para arrancarnos el derecho á la otra vida, riámonos de su ridícula superioridad y procuremos que nuestra estancia en la tierra sea feliz, agradable y provechosa. ¡Se levanta la sesión!

AURELIANO SCHOLL.

FARSA Y MAS FARSA

A toda acción obsequiosa,
Lo mismo en verso que en prosa
Se le llama *cumplimiento*,
Y, de ciento y una, ciento
Son una farsa espantosa.

Cumplidos son los soldados
Que no hallaron sustituto
Y vuelven alborozados

Ostentando en su *canuto*
La insignia de licenciados.

Cumplidos son los cuarenta
Que cierta jamona cuenta,
Y cumplidos sin engaños
Pues, según propios y estraños,
Los cumplió el año seienta.

Cumplidos de otro tenor
Me producen mal humor,
Pues son por necesidad
Ó atropellos al pudor
Ó ataques á la verdad.

Á misa doña Damiana,
Sin faltar una mañana,
Se la vé siempre asistir;
Mas no vá de buena gana,
Vá tan solo por *cumplir*.

Cuando saluda Teresa
Á todo viviente bicho
Dice que la mano besa,
Y, aunque besar no le pesa
Nunca pasa al hecho el dicho.

El que á la hora de almorzar
Vá á un amigo á visitar,
Si le ofrece, debe huir,
Pues le diera que sentir
Atreviéndose á aceptar.

«Le acompaño en su quebranto»
Dicen todos á Crisanto,
De su viudez en el duelo,
Y, tras cumplimiento tanto,
No vuelve á verles el pelo.

«¡Qué los disfrute infinito!»
Exclama Don Agapito,
Dando los dias á Cleta,
Y no se le importa un pito
Que se la llevé Pateta.

Negación de la verdad,
En cubierta falsedad,
Por activa y por pasiva
El *cumplido* es lo que priva
En la humana sociedad.

Si no lleva al precipicio
Nos hace perder el juicio
Con su continuada gresca,
Y el que no le llame vicio
No sabe lo que se pesca.

En el engaño se inspira,
Contra nuestra paz conspira